

Miércoles, 29 de marzo de 1972

CLARET



Veintitrés pinturas y veinte acuarelas presenta Joan Claret en su actual exposición en la Sala Gaspar. Interesaba mucho ver de nuevo obras suyas, pues desde hacía por lo menos cinco años no había vuelto a exponer en esta su sala habitual. No cabía, claro está, esperar grandes innovaciones en su arte, que se ha caracterizado siempre por una absoluta y casi diría fanática adscripción a esa tan decantada y rigurosa modalidad de la abstracción que constituye su personal y exclusiva estética. Bueno, puede que no exclusiva del todo, pues nunca se puede asegurar, en una orientación general análoga, que no se den concomitancias entre la obra de un cultivador de ella y las de otros. Hay momentos, por ejemplo, en que ante esa a modo de cristalizaciones de espacios de Claret vienen a las mentes otras soluciones parecidas del cubismo analítico o de Vieira da Silva; pero en estos casos, como posiblemente en otros que cabría citar, las semejanzas son relativas, todo lo más tangenciales, pues el punto de partida de Claret, a diferencia del de los cubistas o del de la pintora portuguesa, no está nunca en espacios concretos, más o menos identificables como tales. La pintura de Claret es, en cierto modo, metafísica, en el sentido de que se desarrolla en un ámbito que trasciende o va más allá de toda física posible. Pero no quiere decirse con ello que sea mental tan sólo, que sea algo así como una especie de álgebra de las formas y los colores, que desemboque en ecuaciones de segundo o de tercer grado. Tal vez sí que tenga algo de esto último, y que la diferencia entre las últimas que, hace cinco años, vimos de él y estas de ahora estribe, en parte, en que parece haber pasado de desarrollar —y resolver— unas ecuaciones más sencillas a otras más complejas.

Pero, en realidad, hablar de ecuaciones a propósito de la pintura de Claret es reducirse a comentarlas metafóricamente; porque, repito, en ella no todo consiste en operaciones mentales, sino que se trata fundamentalmente de la puesta en juego de una sensibilidad exquisita, que se recrea en desarrollar hasta el infinito unas escuetas gamas de color —negros, grises, leves azules y blancos— y unos ritmos formales no menos escuetos. Todo ello, en persecución, no de verdades demostrables, sino de una plasticidad purificada al máximo y cuyo objetivo no puede ser otro que el de expresión a un sentimiento de la belleza que, como tal, sólo es estéticamente posible y que, como se sabe, no admite ningún género de demostración. Hay una acentuada musicalidad en las obras actuales de Claret —y eso, la musicalidad, es algo a lo que ha tendido más cada vez buena parte de la pintura moderna—, y dicha acentuación es precisamente lo que más se advierte en estas sus pinturas de ahora, en las cuales el dinamismo de rectas y curvas es mucho mayor y en las que incluso no falta, aquí o allá, una vivaz nota colorística —un bermellón, un carmín o un verdiazul intensos— para marcarnos bien los acentos, la culminación de un tono melódico, en sus composiciones, tan bien orquestadas, tan absolutas en sus arpeggios y en sus pizzicatos cromáticos y formales. Ha de hacerse hincapié, asimismo, en lo apurado de la ejecución, que es de una nitidez y una delicadeza casi increíbles, mediante veladuras, transparencias de planos y leves modulaciones de la pasta —casi sería mejor decir "película"— del color, todo ello de una sutileza y una pacientísima elaboración que corroboran hasta qué punto anima a Claret el propósito de que cada una de sus obras sea perfecta. Y la verdad es que, dentro de su estética personal, lo consigue.